

Frente a los diálogos de La Habana

La paz depende de la movilización popular

CARLOS A.
LOZANO GUILLÉN

Periodista
Director del
semanario VOZ

Después de un año y medio de acercamientos exploratorios para establecer diálogos de paz, el Gobierno Nacional y las FARC-EP anunciaron que tendrán comienzo en el mes de octubre del presente año, con una hoja de ruta concreta y una agenda temática, con el compromiso de ambas partes de buscar una solución política concertada y democrática del antiguo conflicto colombiano.

La fase exploratoria de casi 18 meses, desde el momento en que un empresario vallecaucano, amigo de juventud de Pablo Catatumbo, miembro del Secretariado de las FARC-EP, sirvió de interlocutor entre el presidente Juan Manuel Santos y el Secretariado de la organización guerrillera, transcurrió en secreto a condición del mandatario nacional, que exigió total confidencialidad, cumplida por las partes, aunque en medio de rumores y de filtraciones, inevitables en un país en donde este tipo de situaciones no pasan desapercibidas.

La fase exploratoria superó varias pruebas y dificultades, como la muerte de Alfonso Cano, los operativos de guerra de la insurgencia y los planes de tierra arrasada de los militares.



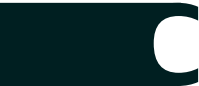
BLU (Italia).

Tomada de: <http://www.blublu.org/sito/walls/2008/big/035.jpgRD.html>

El Gobierno Nacional mantuvo la compartimentación y la guerrilla demostró cohesión y decisión en la determinación política.

Los rumores y filtraciones obedecieron a la actitud sabotadora y provocadora del ex presidente Álvaro Uribe Vélez, quien se enteró por los militares y, tal vez, por algún integrante del actual Gobierno que colaboró con el suyo y se creó la cuota uribista en el gabinete ministerial. Uribe Vélez, como lo denunció una célebre columnista de la revista Semana, se reunió con sectores de la oficialidad en plan de conspiración contra la fase exploratoria para dinamitarla antes de que se concretaran acuerdos. Es un indicio de lo que será la causa del ex presidente a la cabeza de las hordas ultraderechistas, declaradas enemigas del diálogo y del cualquier acuerdo de paz con la guerrilla. Sueñan con la victoria, cabalgando sobre los fracasos de los planes militaristas de la “seguridad democrática”.

Uribe fue consciente de ello, porque en sus ocho años de Gobierno quiso dialogar con las FARC en distintos momentos, con la colaboración del mismo empresario vallecaucano y de varios facilitadores, entre ellos Álvaro Leyva y el autor de este artículo. Ahora lo niega para reclamar autoridad de crítica al hecho de que la llave del presidente Santos haya funcionado, al menos para pasar de la fase exploratoria a la de discusión de la agenda y, si existe la voluntad política, para llegar a los acuerdos que le pongan fin al conflicto.



El Gobierno Nacional, respondiendo al interés de la oligarquía, quiere un proceso rápido que conduzca a la “dejación de las armas” por parte de la guerrilla. La actitud “generosa” es para que los jefes insurgentes, convertidos en dirigentes políticos y sin armas, logren los cambios en la “democracia actual”. Para la guerrilla son fundamentales los cambios que deben preceder a la dejación de las armas. La solución política y el acuerdo de paz dependerán de la magnitud de los cambios, del fortalecimiento de la democracia y de la justicia social.

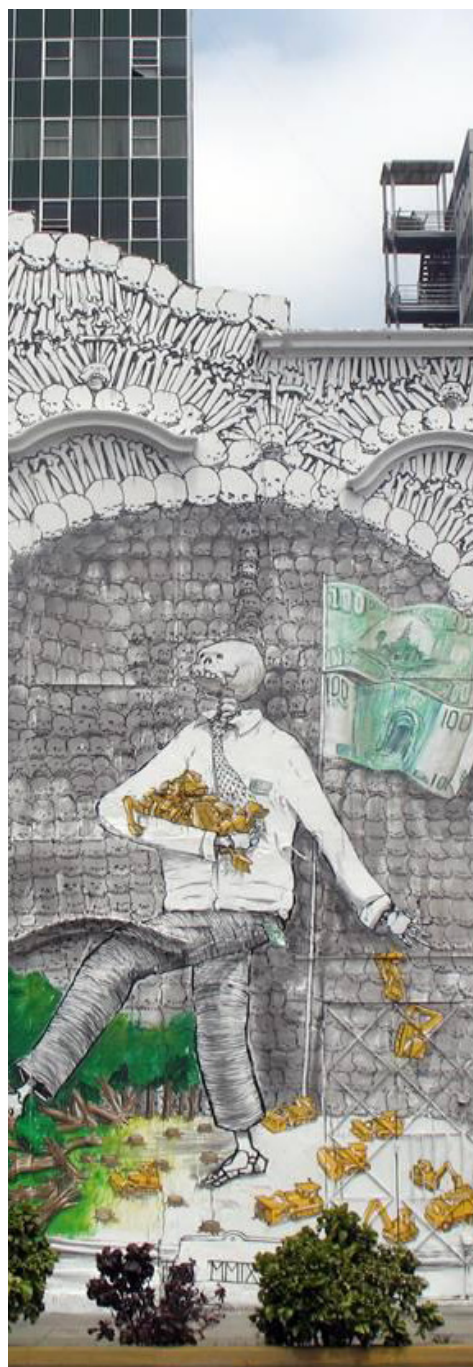
No fue fácil llegar a este momento, como no lo será tampoco concretar el acuerdo de paz. Son dos “voluntades” distintas: la del Establecimiento que se niega a cambios en la vida nacional y pretende la paz gratis, y la de la guerrilla que plantea la paz con democracia y justicia social, es decir, sobre la base de erradicar las causas políticas, sociales y económicas del conflicto y abrir un nuevo estadio en la vida nacional fundamentado en un orden distinto, una especie de nuevo contrato social de ruptura con el statu quo y con la dominación oprobiosa en la historia republicana después de Simón Bolívar.

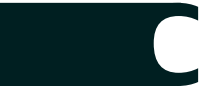
Es importante el paso que se ha dado. Se respira un nuevo ambiente político en medio de las contradicciones entre el capital y el trabajo y de la aceleración de la lucha de clases, porque la economía de libre mercado bajo los rigores del neoliberalismo continúa haciendo estragos en el país. La mayoría de las encuestas respaldan la salida política y el diálogo. Se superó la horrible noche de la vergüenza uribista. El anterior mandatario, viudo del poder, está aislado y su monserga belicista llega a los sectores más descompuestos y ultraderechistas, en particular a los que se lucran de la guerra.

Sin embargo, siguen pesando las contradicciones en el enfoque del diálogo. El Gobierno Nacional, respondiendo al interés de la oligarquía, quiere un proceso rápido que conduzca a la “dejación de las armas” por parte de la guerrilla. La actitud “generosa” es para que los jefes insurgentes, convertidos en dirigentes políticos y sin armas, logren los cambios en la “democracia actual”. Para la guerrilla son fundamentales los cambios que deben preceder a la dejación de las armas. La solución política y el acuerdo de paz dependerán de la magnitud de los cambios, del fortalecimiento de la democracia y de la justicia social.


El logro de la agenda, con los seis puntos que plantea, es importante: desarrollo agrario integral, participación política, fin del conflicto, solución al problema de las drogas ilícitas, víctimas e implementación, verificación y refrendación. Son temas importantes, cada uno con desarrollos de subtemas que los hacen más profundos. Con todo, son limitados para las necesidades de la compleja problemática colombiana. El modelo económico y la salud y la educación como servicios públicos ajenos al mercado, el medio ambiente, la cultura, la ciencia y la tecnología, la vivienda popular, el desempleo, los TLC y la soberanía nacional, están ausentes de la agenda. Aunque no se puede creer que el diálogo debe terminar hasta cuando no se resuelvan todos los problemas del país, sin pretender el alcance maximalista, hay temas ignorados que son importantes y fundamentales, porque la mesa de diálogo no busca resolverle los problemas al Estado o a la guerrilla, sino al pueblo en su conjunto que tiene sus propias carencias y necesidades. Este aspecto no se puede soslayar.

En esta dirección, es importante la presencia de la "sociedad civil", de las organizaciones sindicales, sociales y populares, que tienen sus propias agendas y que deben ser escuchadas y atendidas por la Mesa de Diálogo. La pretensión no es que todo el mundo esté sentado en ella, menos aún los lagartos de la paz que ya comienzan a preparar maletas para La Habana, sino de abrir un espacio para que se puedan canalizar esas iniciativas e inquietudes; son insumos para el buen desenlace del proceso. Los cambios van a depender de la movilización popular. Nada será gratuito. El Gobierno aspira, como lo dijo hace pocos días Lucho Garzón, flamante promotor del "diálogo social" del Gobierno, a que entre las "dos partes" resuelvan el asunto rápido al margen de los intereses generales del pueblo colombiano. Es el desafío del lado popular para asumir con audacia y movilización este nuevo proceso de paz, en el entendido de que la presión







de las masas será la decisiva en la magnitud de los cambios. Tiene que haber una agenda de actividades sindicales, sociales y populares, ligadas a la organización y realización del paro nacional, ubicando la lucha por la paz en el centro del auge de la lucha sindical que apenas comienza. Importante que se adelanten las tareas ya programadas por la Marcha Patriótica como las constituyentes regionales y otras, aunque la convergencia debe unir a todas las expresiones y plataformas de paz en un gran evento nacional, caracterizado por la amplitud y la representación.



El presidente Santos insiste con disco rayado en que debe haber el compromiso de no repetir los errores del pasado; llegar hasta el final y con un acuerdo del fin del conflicto, y de dialogar en medio de la guerra. Esto último es un craso error porque la confrontación militar en el país, como ha ocurrido en el pasado, será factor de alteración del diálogo. Y en cuanto a no repetir los errores del pasado, la lección debe incluir a que una situación igual al exterminio de la Unión Patriótica no puede repetirse.



El paso trascendental es que los diálogos se instalarán en los primeros días de octubre en Oslo (Noruega) y luego se trasladarán a La Habana (Cuba) con la casi segura vinculación del ELN. El éxito no dependerá de la “generosidad” del régimen, sino de su voluntad política para aceptar los cambios que se requieren: erradicar para siempre las causas del conflicto. Es una nueva oportunidad para la paz que no se puede desaprovechar. El Establecimiento debe apoyar a su Gobierno, y el pueblo colombiano, la izquierda y las organizaciones sociales, sindicales y populares deben apoyar el proceso con el aporte de sus propias iniciativas y de la movilización. Es la mejor garantía de que saldrá adelante. Habrá saboteos y provocaciones; el militarismo no se quedará cruzado de brazos, pero tendrá que estrellarse con la firme decisión del pueblo colombiano de alcanzar la paz con democracia y justicia social. 



BLU (Italia).
Tomado de: <http://www.blublu.org/sito/walls>